



"La Nación" Buenos Aires
20 Junio 1920. 6-254

ROBINSON CRUSOE. - II

por Miguel de Unamuno

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

RECORRIENDO su isla, su mundo, llegó Robinson a una parte de ella que nos declara ser más agradable que la que él ocupaba, «pero no tenía la menor inclinación—nos dice—a cambiarme, porque como estaba ya fijado en mi habitación, se me hizo natural y me pareció entretanto como si estuviera de viaje y fuera de casa—«from home».

Hay en esto que notar primero una conclusión de economía política ya que de inspiración de esta ciencia brotó Robinson. Los que han sostenido y desarrollado la explicación ricardiana de la ley de la renta de la tierra, es decir, que cada tierra paga de renta el exceso de su valor productivo sobre el de la peor tierra cultivada, el de lo que dé, que es lo que estableció Ricardo en sus «Principios de Economía Política», fiel a su principio de que el valor de una mercancía se determina por su coste de producción—cuando acaso es lo contrario la verdad o sea que uno se resuelve a que le cueste algo tanto o cuanto cuando sabe que lo vale—los que han sostenido y desarrollado ese punto han llegado a sostener que cuando un pueblo llega a una tierra nueva empieza por cultivar las mejores tierras y sólo se reduce a cultivar las peores según aquéllas no le van bastando. Otros han corregido esto diciendo que se empieza cultivando no las mejores sino las más fáciles de cultivar, las que exigen menos esfuerzo, pues es claro que tal tierra A. que llegaría a ser la más productiva dentro de cuatro o cinco años si el labrador pudiera aguardar esos años, disponiendo de capital, es abandonada por tal otra tierra B. de peor calidad, pero que produce desde luego, pues para el que no puede aguardar a una cosecha que dentro de cinco años valdrá 100, le es preferible una que este año le valdrá 20. Y hay que tener en cuenta que Robinson llegó a su isla sin otro capital que un poco de trigo, que no era económico el que se lo comiese desde luego, sino que debía reservar una parte para sembrarla.

La tierra de más fácil cultivo para Robinson fue aquella a que primero llegó, porque se ahorra el tener que explorar la isla toda, pero aquí entra un factor no económico sino efectivo. Dentro de la misma isla había una pequeña patria, una verdadera patria, para Robinson. Nos

habla de su «house», de su hogar. Y nos dice que aquella pequeña excursión, sin lugar de habitación asentada, le fué tan desagradable, que su propia casa—«my own house»—como la llamaba, era para él una perfecta residencia comparada con lo otro, y añade: se hace tan confortable cada cosa en torno mío que resolví no apartarme ya mucho de allí mientras fuera mi suerte quedarme en la isla.

Cualquiera crecía que este hombre, el hombre solitario, que se lanzó al mundo a explorarlo y explotarlo tendría un gran interés en registrar hasta el último rincón de su isla, en escudriñar sus más pequeños accidentes, en conocerla lo más perfectamente posible. Pero no fué así ni mucho menos. Robinson no parece que tuvo espíritu alguno de especulativo, no se dijo: «sea agotemos el conocimiento de esta isla y por si un día puedo salir de ella y volver a la sociedad de mis semejantes hagamos una monografía de ella!» No, Robinson se hizo su hogar, su patria, su pequeña patria, dentro de su isla desierta, se acomodó a ese hogar y dejó el resto de la isla pa-

ra que le sirviese de campo desconocido. Porque conviene siempre reservarse un campo desconocido. Y entonces pudo decirse: «Ahora es cuando empecé sencillamente a sentir cuanto más feliz era esta vida que ahora llevaba, con todas sus miserables circunstancias, que no la que llevé todo el pasado de mis días». Y aunque para darnos razón de todo el valor de estas expresiones de Robinson tomemos en cuenta su espíritu puritano, y que el relato de sus maravillosas aventuras es en gran parte una obra de edificación religiosa puritana, no muy distinta de la del «Viaje del peregrino», de su compatriota Bunyan, conviene fijarse en el contento que el hombre solitario sintió al crearse una patria, un hogar, en su isla desierta.

¿Y para qué iba a dedicarse Robinson a explorar y registrar y estudiar su isla, la que podía llamar suya? Sabía que era pequeña, muy pequeña, y que estaba desierta. ¿Mejor conocida habría sido más suya? Hay quien así cree; hay quien cree que no hay más honrada toma de posesión que la del conocimiento, pero Robinson, hombre económico y religioso y no científico ni filosó-



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES



fico, no pensaba así. Y además si se hubiese dedicado a estudiar y escudriñar su isla, ¿no se le habría adivinado ésta aun más? El atormentado espíritu de Jacobo Leopardi, otro solitario también, otro Robinson, un Robinson que languideció en la isla desierta de la desesperación y del tedio, en aquel canto estupendo que dedicó al cardenal Hai cuando hubo hallado los libros de Cicerón «De la República», nos decía:

....Ay, ay que conocido el mundo
no crece, antes bien mengua; asaz más
vastos
mar, madre tierra y éter resonante
aparecen al niño que no al sabio.

En breve carta se figura el mundo;
ved que todo es igual y descubriendo
sólo la nada crece....

¿Para qué, pues, quería Robinson descubrir más? ¿No le bastaban acaso con lo ya descubierto? Y si se hubiera propuesto levantar la carta e mapa de la isla, ¿no se le habría adivinado ésta? Importaba, además, a la economía religiosa—porque hay una economía religiosa—de su espíritu, dejar sin escudriñar una parte de su isla, dejarla de campo desconocido. Aunque sea cierto que a medida que crece lo que sabemos, crece lo que ignoramos porque por cada problema resuelto nos surgen otros nuevos por resolver y el hombre que sabe más sabe que las cosas que ignoramos son muchas más que las que el ignorante cree, aun así conviene guardar siempre una reserva de misterio.

Y si este conocimiento lo referimos a nosotros mismos, ¿nos conviene conocernos del todo, salirnos de lo que dentro de nuestro espíritu es, por así decirlo, nuestro hogar? Aquí me ha de permitir el lector que reproduzca un soneto mío, titulado «Nuestro secreto» y que figura en mi libro «Rosario de sonetos líricos» y que dice así:

No me preguntes más, es mi secreto,
secreto, para mí terrible y santo;
ante él me veo con un negro manto
de luto de piedad; no rompí el seto
que cierra su recinto; me soneto
de mi vida al misterio, el desencanto
huyendo del saber y a Dios levanto
con mis ojos mi pecho siempre in-
quieto.

Hay del alma en el fondo obscura cima
y en ella hay un fatídico recordo
que es notando franquear; allá en la
cima

brilla el sol que hace polvo al suelo
[todo]
alza los ojos y tu pecho, anima;
conócete, mortal, mas no del todo.

No; no nos conviene conocer del
todo la isla desierta de nuestra alma.

¿Y para qué ponerse a registrar su
isla desierta? ¿No corría, acaso, el
riesgo—riesgo, sí—de que le resultara
que no estuviera desierta? ¿No per-
dería acaso registrándola y escudri-

ñándola el tesoro de su soledad? Porque, ¡ah sí! la soledad puede ser un tesoro y lo fue para Robinson. En la soledad se encontró y se conquistó a sí mismo y si no hubiese sido por ella no se habría hecho hombre y al hombre simbólico y entero que se hizo. Y allí, en la soledad, cuando se buscaba a sí mismo, cuando dejando de escudriñar la isla se creó en ella un hogar, un «home», y en este hogar se dispuso a descubrirse a sí mismo, todo hombre habría sido un estorbo, un daño para él. Le bastaba con su loro.

Y tan cierto es esto, que oíó lo el mismo Robinson nos cuenta: «Sucedió un día hacia el medio de él, que yendo hacia mi bote me sorprendió excesivamente la huella del pie desnudo de un hombre en la playa, huella muy visible en la arena. Me quedé como herido de un rayo, o como si hubiese visto una aparición. Escuché, miré en torno de mí y no pude ni oír ni ver nada. Subí a un altura para abarcar más vista. Subí y bajé la playa, pero todo me igual; no pude ver otra huella que una. Volví a ella de nuevo por si había más de una y observar si podía ser mi fantasía, pero no había lugar a ello porque era exactamente la huella misma de un pie—dedos, talón y cada parte del pie. Ni supe ni pude imaginar cómo llegó allá. Pero después de innumerables pensamientos pasajeros, como un hombre confuso y fuera de mí mismo, volví a mi casa, a mi fortificación, sin sentir, como se dice, el suelo que pisaba, pero aterrado hasta lo último, mirando hacia atrás a cada dos o tres pasos, equivocando cada matarral y árbol y figurándome que todo bulto a distancia fuera un hombre; ni es posible describir en cuán variantes formas me representaba las cosas la aterrada imaginación, cuán locas ideas se encontraban a cada momento en ella y qué extrañas y absurdas quimeras venían, entretanto, a mis pensamientos. Cuando llegué a mi castillo, porque así creó que le llamé después de esto,

me precipité dentro de él como un perseguido...»

Debe de ser, en efecto, cosa terrible, por lo misteriosa, hallar en una playa desierta una huella, y una sola, de planta humana, como de uno que ha caído del cielo, pero aparte del terrible misterio de la singularidad, de la unicidad de aquella singular, única huella de planta humana, Robinson siente, en la soledad de su isla desierta, el terror del hombre. La singularidad, la unicidad de aquella huella, no hace sino iluminarle más el horror de tener que encontrarse con otro solitario, desde luego un enemigo. «Homo homini

